

Ya no llegan en carabelas, ahora lo hacen en avión, pero, igual que aquellos que se llevaron el oro, ahora quieren el petróleo, el gas, las grandes ganancias para sus bancos...



Rodríguez Zapatero padece el repudio de simpatizantes de AMLO en Cancún

LUIS A. BOFFIL, CORRESPONSAL ■ 12

Bátiz reclama que se indaguen nexos entre Ahumada y el juez Rubalcava

AGUSTIN SALGADO ■ 39

Comienza hoy nuevo episodio para renovar la dirección del PRD

ALMA E. MUÑOZ ■ 11

Saramago: poder y literatura no son convidados a la misma celebración

M. SUAREZ, ESPECIAL PARA LA JORNADA ■ 3a

La Jornada semanal

columnas

NAVEGACIONES • PEDRO MIGUEL	6
BAJO LA LUPA • ALFREDO JALIFE-RAHME	16
A LA MITAD DEL FORO • LEÓN GARCÍA SOLER	20

opinión

JOSÉ AGUSTÍN ORTIZ PINCHETTI	6
ARNALDO CÓRDOVA	19
NÉSTOR DE BUEN	22
ANTONIO GERSHENSON	22
ROLANDO CORDERA CAMPOS	23
GUILLERMO ALMEYRA	23
MARIO DI COSTANZO	26
MARCOS ROITMAN ROSENMAN	30
ANGELES GONZÁLEZ GAMIO	38
BÁRBARA JACOBS	6a

DESTRUCCION EN TLALPAN



La casa del virrey Antonio de Mendoza, inmueble colonial catalogado como parte del patrimonio histórico de la nación por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, fue prácticamente demolida para dar lugar a un conjunto habitacional de alta plusvalía, según vecinos de la delegación, quienes denunciaron la devastación del otrora convento del Sagrado Corazón de Jesús, sin que hasta ahora alguna autoridad haya suspendido las obras o reparado los daños ■ *La Jornada*

JOSEFINA QUINTERO

■ 37

EJE CENTRAL

En el jardín desierto

CRISTINA PACHECO

Al escuchar la escoba del barrendero Brígida se incorpora. Dispuesta a levantarse, aparta las sábanas, pero enseguida vuelve a caer sobre la almohada. “¡Qué tonta! Ayer terminaron las clases”. Gira hacia la pared y da la espalda a la luz que se filtra por la ventana. Cierra los ojos, pero no logra reconciliar el sueño. Otros días, a esa misma hora, se queja de no poder dormir hasta más tarde; hoy que puede hacerlo siente urgencia de ponerse en pie. Aun así resuelve quedarse acostada unos minutos más. “Tengo derecho a descansar”, dice.

Se lo ha ganado batallando a diario con los niños que llegan tarde a la escuela, arrojan basura, hacen escándalo, se dan empujones y bajan las escaleras como un tropel de caballos salvajes. “Condenados escuincles”, murmura sin darse cuenta de que sonrío.

Vuelve a girar en la cama y mira el lienzo de cretona que hace las veces de cortina. Se parece mucho a la cortina del albergue. Allí vivía de lunes a sábado. A las cinco de la tarde regresaba a su casa. El recuerdo del viaje hasta allá le provoca una sensación de culpa. Durante toda

la semana extrañaba a su familia y, sin embargo, cuando ya iba a reunirse con ella, se ponía triste y asustada. Desterraba el malestar pensando que el lunes temprano estaría de vuelta en el albergue.

II

Una lágrima corre por su mejilla y la enjuga con la punta de la sábana. Decide ahuyentar los recuerdos, pero es inútil: la acorralan y la obligan a aceptar que daría lo que fuera por volver a aquella casa, aunque siguiera siendo apenas una obra negra con las varillas al aire hundidas en cascos de refresco.

En una de aquellas lanzas quedó ensartado su medio hermano Luis. Al verlo estremecerse, con los brazos y las piernas como si fueran de trapo, Brígida creyó que era parte del juego hasta que escuchó los alaridos de su madre. El niño, que entonces sólo tenía tres años, sobrevivió al accidente. “Pero más le hubiera valido morir.”

Brígida se asusta de sus palabras y se maldice por haberlas dicho. Más se aborrece por haberse impacientado cuando

—después del accidente— Luis no mostraba interés por jugar con ella o siquiera devolverle la sonrisa con que pretendía animarlo.

Luego recurrió a otros métodos para que reaccionara. Lo provocaba lanzándole zapatos, cucharas, bolitas de papel. Cuando su madre estaba ausente iba más lejos: lo sacudía con furia hasta verlo caer. Luis continuaba insensible, quieto, atrapado en la red de sus babas como un mosquito en una telaraña. Brígida repite su lamento: “Lo que daría por volver a estar junto a mi hermanito, aunque él no hablara ni se moviera”.

No puede más y salta de la cama. Antes de que pueda evitarlo toca el piso con el pie izquierdo. Su madre se lo tenía prohibido porque, según ella, era de mala suerte. Se inclina y observa sus pies desnudos. En comparación con su estatura siempre han sido demasiado largos y huesudos. “Los heredaste de él”, le decía su madre.

Hace un esfuerzo y se acaricia los pies: el único rasgo que la identifica con su padre, el único legado que le observó antes de abandonar a su familia.